

Homilía del 25.º aniversario de los mártires de la UCA

Misa de la comunidad universitaria

Lecturas: Jesús, hijo de Sira 4, 1-10; 1 Juan 2, 3-11; Juan 15, 9-16

Muy buenas noches, queridos amigos y amigas de los mártires y de la UCA; queridos Juan y Manuela, hermano y cuñada del P. Ignacio Ellacuría; queridos amigos que nos visitan de distintas partes, especialmente aquellos que vienen de lejos; queridos provinciales y superiores jesuitas; queridos presidentes y rectores de las universidades jesuitas que han venido a conmemorar a los mártires de la UCA esta noche; queridos amigos y compañeros de la comunidad de la UCA; muy querido monseñor José Luis Escobar, arzobispo de San Salvador; querido padre provincial de Centroamérica, Rolando Alvarado; queridos hermanos en el sacerdocio, gracias por concelebrar esta misa de acción de gracias por la vida y entrega generosa de nuestros hermanos jesuitas y de Julia Elba y Celina Ramos.

Quiero agradecer a monseñor José Luis por darme la oportunidad de compartir con ustedes la homilía en esta misa. Y lo hago con mucho gusto, pues desde que se me dio la misión de asumir la rectoría de la UCA, he vivido un tiempo privilegiado en el que he podido conocer mucho mejor la vida y la causa de los mártires jesuitas, y el proyecto de universidad que ellos pensaron y pusieron en marcha para la UCA. Ello ha sido fuente de inspiración para mi trabajo de rector, pero también para mi vida de jesuita y de cristiano. Personalmente, me siento muy agradecido con los mártires jesuitas porque su vida, su trabajo, su pensamiento, su forma de entender la UCA me han empujado a buscar ser más humano, más jesuita y mejor cristiano.

Estamos aquí esta noche para conmemorar y celebrar la vida de nuestros mártires, una vida en plenitud, una vida puesta al servicio del Reino de Dios, una vida en defensa de la verdad, la libertad, la justicia y la paz. Y fue precisamente esta vida lo que los llevó a la muerte. Fueron asesinados por cómo vivían, por cómo pensaban, por lo que hacían, porque defendían a los pobres de aquellos poderes que abusaban de ellos, que les negaban su dignidad humana, que les condenaban a la muerte. Querían un El Salvador para todos y en paz, y por ello levantaron su voz e hicieron lo posible por animar al pueblo a levantar la voz en contra de la guerra y a favor de la paz. Ellos vieron que la paz era lo que más favorecería a los pobres, a las mayorías, y que era el único camino para que finalizara tanto sufrimiento, tanta barbarie, y se pudiera iniciar una vida distinta para este pueblo al que tanto amaron.

Las lecturas de hoy nos ayudan a entender mejor que aquello que inspiraba a nuestros compañeros era el amor a Dios y al prójimo. Lo que ellos fueron, hicieron y vivieron tiene una fuente clara y precisa: su fe en Jesucristo y en el Reino de Dios. La vida de Jesús, la Palabra de Dios, el amor del Padre, la vida de la gente, especialmente de los pobres, les fue modelando y empujando hacia donde llegaron.

La primera lectura del Libro de Jesús, hijo de Sira, es de algún modo un icono de la realidad salvadoreña de hace 25 años, y también de ahora. La lectura hace referencia a una sociedad en la que los pobres, los atribulados, los hambrientos, los oprimidos, los huérfanos y sus madres están desprotegidos, desvalidos, y sus necesidades son un clamor a la sociedad. Y Jesús, el hijo de Sira, hace un llamado —que más bien es un mandato, un imperativo para el creyente— a encargarse de ellos y atenderlos en sus necesidades. Especialmente fuerte me parece esa primera frase: “No te hagas el ciego y el sordo ante quien te está mirando suplicante”. Y nosotros nos deberíamos examinar personalmente si nos hemos hecho sordos y ciegos ante las mayorías de nuestro pueblo que viven en la exclusión.

Y también nos deberíamos examinar como institución, como universidad, si estamos respondiendo a las necesidades de nuestro pueblo, de ese 40% que es marginado de la sociedad, de las víctimas de la violencia, de los jóvenes que están como perdidos, que no saben a dónde ir y son empujados hacia las pandillas. Los mártires de la UCA no cerraron los ojos ni se taparon los oídos ante la realidad de aquel entonces, mucho más dura por dolorosa y más difícil por la ausencia total de libertad. Y no lo hicieron porque supieron estar al lado de este pueblo, fueron a los refugios a escuchar y acompañar a esas comunidades expulsadas de sus territorios bajo amenaza de muerte. Iban a las comunidades campesinas, a las suburbanas, a las de base, a los barrios marginales, y allí veían y escuchaban a los pobres, sus sufrimientos, sus problemas y sus necesidades, y ello les llenaba de compasión. Y entonces no podían dejar de poner su inteligencia, su especialidad, su trabajo universitario, en la defensa de los pobres y de los oprimidos por un régimen injusto y opresor.

Mucha gente en El Salvador hizo como ellos y también sintió compasión y compromiso ante esa realidad. ¡Cuánta gente fue tierna y amorosa con los que sufren! ¡Cuánta se movió porque sintió que aquella realidad no respondía a la voluntad de Dios, se unió a la lucha popular, a la lucha de liberación, a las comunidades de base, para buscar una solución estructural a esa realidad que generaba cada vez más pobreza, más oprimidos, más necesitados!

Pero el Libro de Jesús, hijo de Sira, habla de otras formas de responder, formas que son malditas, la de aquellos que se ensañan con el que está desesperado, que pasan de largo ante el necesitado, que no quieren ver al pobre, al mendigo, ni atenderlo en sus necesidades. También hay quien actúa así, ayer y hoy, y por eso a los que tomaron la opción de estar junto al pobre y al necesitado, de clamar por la justicia y querer “arrancar al oprimido de las manos del opresor”, les vino el martirio.

Esta lectura nos deja un mensaje muy claro a nosotros, a todos, pero de un modo especial a la UCA como institución. Decimos que queremos ser fieles al legado de los mártires, que queremos ser una universidad de inspiración cristiana, que queremos cambiar la sociedad, pero si volteamos el rostro ante los necesitados de nuestra sociedad, si no somos solidarios hacia esa realidad de pobreza, de injusticia, de opresión, si no somos capaces de dejarnos conmover en nuestras entrañas ante tantas necesidades, si no hacemos de nuestro trabajo universitario la respuesta a esa

realidad, como institución recibiremos la maldición de la población que por décadas ha visto en la UCA una universidad que defendía a los pobres, que les atendía en sus necesidades, que era solidaria con ellos, y Dios la escuchará. Por el contrario, si actuamos como los mártires y ofrecemos ternura, amor, comprensión, soluciones auténticas y estructurales a sus necesidades, seremos verdaderos hijos de Dios, y Dios nos amará más que una madre.

La segunda lectura de la primera carta de Juan y el Evangelio, también según san Juan, son un precioso llamado a vivir amándonos los unos a los otros, a cumplir la voluntad de Dios, a permanecer en su amor. Para la comunidad cristiana del evangelista Juan, estas palabras estaban llenas de sentido, pues vivía en conflicto con los judíos que los expulsaban de las sinagogas, vivían acosados en su fe, tenían dudas importantes sobre esta y sufrían conflictos internos. Por ello, Jesús, el único Pastor, el amado de Dios, el que tanto amó a la comunidad que dio la vida por ella, el que es su gran amigo, les invita a permanecer en el amor, a mantenerse fieles, unidos, haciendo la voluntad del Padre, no como siervos, sino como amigos. Pues Jesús les ha compartido todo lo que ha oído a su Padre: Él los ha elegido y los ha destinado a que den fruto abundante y permanente.

También la vida de los mártires salvadoreños, entre ellos monseñor Romero, nos muestra que es posible vivir así. Vivieron como vivieron porque amaron mucho, porque les dolía en sus entrañas el dolor del pueblo, porque les escandalizaban las injusticias y los atropellos a los pobres. Porque hacer la voluntad de Dios les llevaba a levantar la voz en defensa de la gente a la que se le violaban los derechos humanos, porque sentían que trabajar por la construcción del Reino de Dios, un reino de verdad y de justicia, de amor y libertad, de solidaridad y de paz, era cumplir la voluntad de Jesús y de su Padre Dios, y no podían dejar de hacerlo. Su amor a Jesús, su amor a los pobres, no les permitió hacerse los indiferentes, desentenderse de esa realidad, y la asumieron y se encargaron de ella, se pusieron al lado de los más débiles, así como lo habían aprendido de Jesús.

El llamado de Jesús a amarnos los unos a los otros debemos profundizarlo a la luz de nuestra realidad y de cómo se ubicaron los mártires ante ello. El amor al que se refiere Jesús no es algo romántico, es un amor que supone acción, que supone dar la vida por los demás. Un amor entrañable, profundo, real, veraz. Un amor que supone guardar la palabra de Dios, es decir, hacerla propia, llevarla a la vida. Y supone saber estar al lado del otro, cercana y solidariamente, salir de nosotros mismos para ir al encuentro de los que amamos. Como nos enseñó san Ignacio, el amor se debe poner más en obras que en palabras, y es un compartir, darle al otro lo que no tiene. Los mártires supieron amar porque dieron lo que tenían: su palabra, su inteligencia, su cariño y cercanía, su trabajo, y lo dieron al servicio de los que apenas tenían algo y les habían quitado casi todo. Por ellos, con ellos y para ellos trabajaron, lucharon para que tuvieran vida en abundancia y no se les quitara la que tenían. Y así se les concedió el regalo de dar la vida en el martirio.

Hoy, ante nuestra realidad, también se nos invita a amarnos los unos a los otros siguiendo la tradición profética y de Jesús; amar a los más débiles, a los pequeños, a los que no tienen quién por ellos, a los que luchan a diario por la vida, a los que se les niegan derechos básicos y fundamentales. ¿De verdad se nos quema el corazón por su situación? ¿Se nos conmueven las entrañas ante la pobreza, ante la violencia, ante lo duro y difícil que es ganarse la vida en la calle a diario? ¿Ante los que están desempleados? ¿Ante aquellas madres que ven morir a sus hijos asesinados? ¿Ante los que están encarcelados en condiciones inhumanas que nunca permitirán su rehabilitación? ¿Ante los que no encuentran justicia? ¿Ante los jóvenes que se enrolan en las pandillas y destruyen sus vidas para siempre? ¿Estamos dispuestos a amar de verdad, dando lo que tenemos a los que no tienen?

Esta actitud, este deseo de amar al hermano (preferencialmente al pobre y al necesitado), de hacer la voluntad de Dios, debe marcar nuestra vida, la vida de la UCA, nuestro quehacer institucional, en la docencia, en la investigación y en la proyección social. Y ello nos hará más felices, nos permitirá dar fruto abundante y permanente, nos llenará de alegría, nos hará amigos de Dios.

Desde la UCA podemos iluminar las tinieblas, es decir, descubrir el mal que se esconde en la oscuridad; trabajar para que se conozca la verdad y para que esa verdad descubra la mentira y la injusticia que el sistema actual esconde y propicia con la deshumanización de nuestra sociedad. En nuestro país hay un pequeño grupo que desea que sigan las tinieblas, que pasan de largo ante las necesidades de sus hermanos, a los que ya monseñor Romero llamó a la conversión, y a los que, si somos fieles a lo que hemos leído como Palabra de Dios, también hoy, con humildad y cariño, nos toca seguir animando a que abran su corazón, a mirar al hermano necesitado y a responder a su clamor. Pues solo así caminarán en la luz y podrán amar realmente a Dios.

A aquellos que se oponen a que se trabaje contra la pobreza en nuestro país; aquellos que no quieren que la educación pública, la de los pobres, sea de calidad; aquellos que no comparten sus bienes con el que no tiene, que usan su dinero solamente en su beneficio y no quieren ponerlo al servicio del bien común; aquellos que estafan a la hacienda pública y le niegan al Estado los recursos para realizar su trabajo; los que roban y se aprovechan de los bienes públicos, que son de todos, pero que deben estar en primer lugar al servicio de los pobres; los que defienden los derechos de los ricos y les niegan los suyos a los pobres, queremos decirles, con amor y humildad, ustedes están equivocados, no conocen a Dios de verdad, y por ello no hacen la voluntad del Señor. Su necesidad les lleva a odiar a su hermano, a caminar en las tinieblas, sin saber a dónde van. Hagan la voluntad de Dios, no sigan aborreciendo a su hermano, no sigan rompiendo la fraternidad, y entonces las tinieblas desaparecerán de El Salvador y brillará la luz verdadera, y habrá alegría y felicidad plena en nuestro país.

Como he dicho, son pocos los que así actúan y piensan, pero tienen mucho poder y por eso es tan importante su conversión. Por otro lado, entre nosotros hay tanta gente buena, ¡tanta gente que vive los valores evangélicos a plenitud! Hay tanto cariño, tanta solidaridad, tanta hambre y sed de justicia, tanta gente que es mansa y humilde de corazón, que llora por compasión ante el

sufrimiento de otro, que son bienaventurados. Aprendamos de ellos, dejémonos contagiar de su corazón y de su espíritu, y construiremos el mejor país del mundo. Por eso este pueblo tiene tanto amor a sus mártires y se siente tan agradecido, porque fueron sus amigos, sus hermanos, los que supieron ser solidarios, defenderlos y estar a su lado.

Pidamos al Señor que también hoy nosotros, la UCA y todos los hombres y mujeres de buena voluntad, sigamos a Jesús, nos acerquemos y atendamos a los necesitados, nos amemos sinceramente los unos a los otros y hagamos en todo la voluntad de Dios Padre.